

puntos en los cuales evidentemente, podía con fundamento, según ella pensaba, condenar el papismo. Para poner en práctica su propósito, la señora Needle dispuso una sutil estratagema, esto es, suscitar en apariencias cualquier cuestión religiosa, y reservarse realmente á sí sola el derecho de infringir los pactos para el bien espiritual de su amiga.

Sobre tales designios mistress Needle daba vuelo á su imaginación, construía quimeras maravillosas, exaltaba su mente y ardía en deseos de ver terminada su obra: entre sus castillos en el aire, y sus escrúpulos como buena madre, y los consejos prudentes de miss Mary, no acababa de resolver la ocupación á que debía dedicarse Julia. Así pasaron dos semanas. Descansaba la joven, y seguía tratando muy gentilmente á la protestante. En el interín, no viendo los del castillo que se tomaba una determinación relativamente á ella, hacían conjeturas. Miss Mary se jactaba secretamente con todos, menos con Kelerina.—Esta pizpireta italiana no me gusta, y no se hará nada con ella: ya he procurado que me oiga la señora.—Entre tanto John estaba para regresar del colegio, y la estación de hacer el viaje iba á llegar: era

preciso venir á un acuerdo. Mistress Needle determinó hablar con Julia aquel mismo día, y manifestarle con finura, sí, pero sin velo, la resolución tomada de tenerla para su propia compañía, y librarla con tal pretexto, de todo cargo relativamente á sus hijas.

Era esto un desdecirse de lo dicho, que le imponía su conciencia timorata, pero errónea, y que deploraba Julia no menos que la propia mistress Ana. Mas el hombre propone y Dios dispone.

## XI.

### EL CONCORDATO PATENTE Y LAS INTENCIONES

#### RESERVADAS.

En los últimos días de Septiembre, la familia de la señora Needle aguardaba la hora del desayuno, gozando la débil luz de un sol ya nebuloso é incierto. Con frecuencia en Parque verde hacía de salón el jardín, en el cual reuníase la familia delante de la mesa. Mas las tierras parecían tristes, por carecer casi absolutamente de

flores; los prados, antes tan alegres por sus yerbas fresquísimas, languidecían enmarañados y cubiertos de hojas caducas; los árboles, de ordinario verdes, parecían tener un color obscuro, y la misma atmósfera velada parecía disponerse á sufrir los primeros ultrajes del invierno. Julia, sentada sobre un asiento apoyado al pie de dos hayas gemelas, pintaba un dibujo napolitano, donde resplandecía una aldeana de los alrededores de Nola, en traje de novia. Clara y Clemencia, como de costumbre, estaban cosidas á su falda, haciendo una multitud incesante de reflexiones sobre aquel traje poético, sobre aquellas ondas de los bordados en oro, sobre aquellas franjas y cintas vistosas, y sobre aquellos lindos encajes que herían su imaginación. Sobre todo Clemencia, la más pequeñita, no acababa de preguntar á cada toque que la joven añadía. Creía tener gran motivo para ello, porque trabajaba Julia muy á su placer, y quería formar con su muñeca una esposa de la campiña de Nápoles. Habíaselo aconsejado así la propia Julia, cuando le preguntó su parecer sobre la manera de vestir graciosamente otra muñeca que le habían regalado.

Mistress Needle llegaba poco á poco,

pensando en sus adentros el gran discurso con que anunciaría su destino á la joven. ¡Pobrecilla! Determinábase con pena, vacilando entre el sí y el no; entre su afecto maternal, que le decía encomendara enteramente sus pequeñas á Julia, y su conciencia, que la retraía y aterrorizaba por el temor del papismo de la muchacha. Observó á la gentil joven napolitana con el cartoncito apoyado en su rodilla, y encorvada sobre su trabajo; á Clara, que sostenía en una mano la cajita de los colores, y alisaba con la otra las rubias trenzas de la pintora; á Clemencia, por fin, en otra parte, puestos sus ojos en el dibujo, con la muñeca en la mano y charlando sobre las bellas estofas con que adornar quería su esposa de cartón. Se detuvo un rato la protestante con el fin de contemplar el grupo que formaban sus hijas con la extranjera, la quietud y el abandono que mostraban, y el cándido afecto de Julia, complaciéndolas en aquel inocente capricho. Mientras estudiaba aparte aquel cuadro, con la poesía de que las madres saben revestir aún las cosas más pequeñas de sus hijas, alzó Julia los ojos del cartoncito, y viendo delante á la señora, se puso de pié y le ofreció su asiento rústico, con tan re-

verente sumisión, que no hubiera podido hacer más, no diremos una hija, sino una esclava. La Needle, de sentimientos delicadísimos y de muy buen corazón, quedó dominada por la pena en virtud de aquel acto de la nobilísima joven, discurriendo la violencia que se haría de seguro á sí misma, tomando actitud tan contraria á su condición nativa. Julia disimulaba tan bien, que vanamente la Needle buscó en su semblante señal de alteración: parecía que obraba sin esfuerzo, y que procedía según su gusto.

Todas estas observaciones é ideas fueron obra de un punto, de un momento, de un relámpago; encubriendo también su propósito, rechazó gentilmente la oferta, aceptando la silla que le llevó una de sus pequeñas. Entretúvose en considerar el dibujo ligeramente delineado por Julia; después que se lo hubo dejado ver á las niñas, les dijo:—Ahora marchaos, y haced dos cabriolas; pero cuidado de no mancharos los piés en los prados llenos de agua.—Dirigiéndose después á la joven, trataba de realizar el propósito concebido. Buscaba las frases, pero venían tardíamente, y exclamó al fin:—En suma, veamos lo que debemos hacer de nuestra pintora.

Julia fijó los ojos en la frente de la protestante, y con una dulce sonrisa:—Haced de mí, dijo, lo que os plazca; con tal que sepa y pueda, estoy á todo pronta. ¿Creeis que os escribí en broma que estaba dispuesta á ser hasta camarera?

—¡Oh, no! No lo digas. ¿Por qué sales ahora con esa tontería? No la puedo escuchar; hasta he sentido no ver en tus cartas la corona condal, como cuando me escribías desde Nápoles.

—Pues yo, repuso Julia, he renunciado de veras, una vez para siempre, á mis pretensiones de nacimiento. Casi me parece haberlo hecho hasta por un poquillo de amor propio.

—¡Vaya una salida!

—Pues sí: á quedarme en los pliegues del corazón algún fondo de dama principal, sufriría las consecuencias cada hora; y vos, á obstinaros en tratarme como en Nápoles, os encontraríais embarazada diez veces al día. Tomemos un partido razonable: haced de señora de la casa, pues lo sois, y haré yo de maestra de las niñas, como debo, pues lo quereis. Así cada una quedará en su puesto, y estaré yo más contenta que unas pascuas. ¿Sabeis lo que escribí en aquella epístola sin corona?

—¿Cómo quereis que lo sepa?

—Escribí, continuó Julia, que se guarden de ponertítulo alguno de nobleza en los sobres de mis cartas. Lo hubieran debido pensar ellos; pero se lo he recordado á fin de impedir equivocaciones. Conozco que sometiéndome así plenamente á la condición que me señala la providencia de Dios, sin gemir por lo pasado y sin pensar demasiadamente en lo futuro, se difunde por mi alma el sosiego y reflorece mi salud. Miradme: no soy la de los primeros días; así á lo menos me lo revela el espejo.

—Te dice la verdad, y lo celebro extraordinariamente.

—Pues bien, por consecuencia; en lugar de hacer de *lady* quejumbrosa y descontenta, quiero ser la pobrecilla miss Julia, resignada y alegre: quien se contenta goza, dice nuestro proverbio.—

Era este el instante oportuno para mistress Needle de venir á la cuestión, y declarar el acuerdo tomado. Si no que á medida que más hablaba con Julia, sentíase menos dispuesta á realizar su propósito.—¿Como, pensaba, podré yo contristar un alma tan sensible? Cuando se arroja en mis brazos con tal candor, ¿podré alejarla de mis niñas como si tuviera la peste? ¿Po-

dré responder á la franqueza con sospechas? ¡Qué injusticia!—La turbada mujer se recojía en sí propia, callando y combatiendo el espantajo del papismo. Por fin, procuró un arreglo entre las dos conciencias: la una decíale á los ojos y al corazón que la joven no podría menos de hacer mejores á sus hijas; la otra la llenaba de terror, viendo en ella un peligro para la fe de sus pequeñas.—Marcaré mis condiciones: si Julia las admite, no será capaz de engañarme después.—Dirigiéndose á ella, dijo:—Oye; tú me ves pensativa, y me sobra razón para ello.

—¿Y por qué, si lo puedo saber?

—Voy haciendo calendarios sobre la manera de dar principio á la educación seria de mis hijas: es tiempo de que dejen aparte el aro y las muñecas. ¡Oh! ¿No has pensado estos días un poco en el asunto?

—Yo, respondió Julia, si quereis que confiese la verdad, no he querido discurrir programas, mientras no me haciais indicación alguna: gozaba del respiro que me otorgábais, procurando desvanecer mis pensamientos tristes. Por lo demás, si verdaderamente quereis que hablemos de la cosa, podré deciros algo según me ocurra. Ya el corazón me enseña cuando se trata

de aquellos ángeles: ¡las veo tan sinceras y tan afectuosas para vos, como también tan agradecidas por cualquier leve servicio que se les preste!

Mistress Needle, por ser madre óptima, tenía el corazón en sus pequeñas; las palabras salidas de la boca de Julia la electrizaron de tal manera, que se olvidó completamente de sus escrúpulos y de las amonestaciones de miss Mary, inspiradas por los celos. Dijo luego:—Toda vez que tanto te interesas por ellas, te doy el encargo de que medites en el asunto, y hablaremos nuevamente otro día. John está para volver, y no bien retorne, convendrá tomar el portante, si queremos viajar antes de que nieve: una vez en Italia, cuando estemos acomodados, podremos dar principio á la empresa; de lo contrario, estaríamos siempre aguardando sin concluir nada. ¿Estás conforme?

—Conforme. Más no sabré discurrir otro plan para ellas, fuera del que se siguió conmigo, poco mas ó menos.

—Perfectamente: es lo que quiero. Vuélvete á copiar en ellas, si es posible.

Sonrió Julia por la frase cordial, y dijo.—Tratando de copiar ciertos originales de carne y hueso, los grandes pintores, ántes

de darles retratados, los acarician de mil maneras, cuando los hacen estar quietos, cuando los dibujan, cuando los bosquejan y cuando los perfilan; después, al pintarlos, tienen mil estratagemas para disminuir las faltas del pobre modelo. Existe aquí el peligro de que ciertas líneas os disgusten.

—¿Cuáles? preguntó mistress Needle, dominada por la mas viva curiosidad.

—Oid cómo marchó mi educación, y juzgad. . . .

—¡Oh, sí! oigámoslo. Dímelo todo desde su principio hasta el fin: soy curiosa.

—Mi padre, viendo mi ardor de aprender cien cosas, pensó contenerme, como se hace con las gallinas demasiado voladoras, constriéndome á estudiar el latín.—Eres una mariposa, me decía de continuo; eres como una barquilla sin lastre, que se lleva cualquier ráfaga de viento.—Cierta día vino un anciano canónigo de la catedral con la gramática latina, para que leyese sus primeras páginas, y estudiara después la lección del día siguiente. Empecé el estudio con furor caprichoso, pareciéndome linda cosa saber cuatro *cuyus*, mayormente tratándose de un idioma que aprenden entre nosotros poquísimas muchachas. El canónigo, dándole dándole,

consiguió hacerme conocer á Fedro, á Cicerón y á otros; me hacía traducir y aprender de memoria versos latinos. Yo le llevaba las composiciones muy bien hechas, y recitaba perfectamente algunas elegías de Tibulo ó algunos trozos de Virgilio; él, en premio, me sermoneaba de vez en cuando además de las explicaciones:— Está bien el latín, repetíame con frecuencia; pero ante todo se necesita religión, religión é historia; de lo contrario, señorita bella, será siempre una casquivana y una tonta de capirote.—A fuerza de oír su antífona, me hizo no poco efecto; le pedí libros, y me trajo una multitud. Alternó así la lección de latín con la de historia y con la de religión. Yo gozaba estudiando aquella; pero, sobre todo, diciendo todas las objeciones y todas las necedades que puedan inventarse contra las verdades de la fe; en un momento las solventaba él y me convencía; después comenzaba á sofisticar y á embrollarme, á fin de que me defendiera y amparára las verdades divinas, haciendolo así hasta el punto de que mi padre, que asistía casi siempre á las lecciones, interrumpíame diciendo en ocasiones:—¡qué charlatana es mi *teóloga!*—(Mistress Needle suspiraba y decía en su cora-

zón:—;Será un hueso duro de roer convencerlas de sus patrañas papistas!) Mas teóloga ó no, confieso que me aficioné no poco al estudio aquel, y que, sobre cuantas cosas he querido aprender, puse siempre aquella. Así he llegado, á lo menos me lo parece, á formarme cierto sentido práctico al juzgar las cosas sin excluir los problemas religiosos y los políticos; me parece que los pensamientos son míos, no tomados de las opiniones ajenas, y no me aparto de mi convicción por cualquier viento de chácharas ó de sofismas. Ahora bien . . .

Mistress Needle, con angustia creciente la interrumpió:—¿Pero cómo? ¿Quisieras dar á Clara y á Clemencia un curso de religión?

—Todo lo contrario. Digo esto á fin de que veais claramente que no podría volverme á copiar en ellas.—

En estas palabras de Julia escondíase una finísima industria de apostolado. Provocando el estudio de la historia y de la religión, esperaba que las inocentes niñas concebirían de vez en cuando dudas respecto del *anglicanismo*; las dudas promoverían cuando ménos ciertas interrogaciones, y entonces tocaríale aprovecharse de

ellas con el auxilio de Dios. Nada sospechando mistress Ana de sus propósitos, añadió:—Se comprende que no quieras tocar tales materias: esto acredita tu discreción. Ya tenía la palabra en la punta de la lengua para decírtelo yo propia.

—¿Qué?

—Quería decirte que ya he pensado en la religión y en la historia. Miss Mary comenzó desde el año pasado un cursito de historia sagrada y de historia antigua: algunas veces, en los temas que les da de idioma inglés, las procura igualmente iniciar en la historia patria. Seguirá poco á poco haciéndolas seguir por aquel camino: no estoy descontenta de su método. (Quería decir de su espíritu anticatólico.) Por lo que hace á la religión, no pasa un domingo sin que yo les explique un poco la biblia. No sé que más pueda desearse para dos niñas de diez años. Ya que me recuerdas esto, precisa que te hable una vez, propiamente según me dicta mi corazón y mi conciencia.

—¡Bendita seais! exclamó Julia: hagámos por entendernos; así me place.

Prosiguió Ana, recorriendo la mitad de la senda:—Tú eres católica, yo protestante: es lo único en que no estamos de acuer-

do; de lo contrario, seríamos dos almas en un cuerpo. Lo somos á pesar de lo dicho, y no tengo de ti la menor desconfianza. Te creo muy prudente, y de seguro no querrás entrar con dos niñas en controversias....

—¿Cómo! dijo Julia interrumpiéndola, ¿las he suscitado nunca con vos?

—Esto es, repuso la Needle, lo que me fuerza mucho á quererte bien. No soy intolerante, como sabes; no lo soy en verdad, y aborrezco, por el contrario, cordialmente la intolerancia; pero soy madre, y por la gracia de Dios tengo un poco de conciencia: no se hallará mujer sin ella teniendo hijos. Yo, pues, me creería culpable (debes respetar, ó á lo menos comprender, esta persuasión), me creería culpable si en las almas inocentes de mis hijas dejase penetrar otras opiniones, fuera de las que considero puro rayo de fe y viva inspiración del Espíritu Santo. Espero que un día en el paraíso también tú me darás la razón. Digo en el paraíso, porque los de la iglesia inglesa no condenamos al infierno á los católicos honrados.

—Ni los católicos, dijo á su vez Julia, condenan al infierno á los disidentes de buena fe.